

LA COTIDIANEIDAD DEL MITO EN LA NARRATIVA DE IULÍA IATRIDI

Isabel García Gálvez
Instituto de Estudios de las Mujeres
Universidad de La Laguna

La percepción del mito, su comprensión racional y emocional, ha sido un elemento motriz en la narrativa de Iulía Iatrídi. Esta autora griega —inmersa en los cuatro puntos cardinales de la cultura europea, si bien ciudadana de uno de sus márgenes más sugestivos, Grecia— logra mostrar los vínculos comunes de la cultura matriz de los europeos exponiendo las equívocas perspectivas de cada cultura ante el pasado común, clásico o antiguo, que no dejan indiferente a ningún mortal. Para ello se sirve del mito griego, de las marcas referenciales que éste deja en nuestra concepción del mundo y en nuestra formación como individuos. Nos muestra la realidad del mito justo cuando éste entra en contacto con el ser humano: su detonación, su revivificación. Mármoles, ruinas, recintos arqueológicos, viajes de estudio o de turismo, Grecia como escenario, se convierten en instrumentos icónicos, improntas en sus anónimos personajes, rescatando el nexo común con la historia y la tradición.

Los dos relatos aquí traducidos se detienen en la compleja comprensión de «lo griego» que todos, inconscientemente, llevamos dentro. Inconsciencia y conocimiento innato de la «experiencia mítica», según nos propone la autora, se contraponen al conocimiento aprehendido, estructurado, especializado y técnico que aportan las disciplinas en contacto con el mito, desde la arqueología a la filosofía pasando por la medicina u otras ciencias empíricas. Al incrustar el mito en la vida diaria, alejado del academicismo imperante, la autora permite al individuo esa aproximación directa, desarrollando sus impresiones en sus propuestas narrativas.

Cargado de referencias simbólicas, en «El ojo de la noche» se desmenuza el detalle del mito —literario, iconográfico, arquetípico— en dos realidades antagónicas: la de la sociedad griega, que persiste en sus mitos y tradiciones frente al sometimiento otomano, y la de la cultivada sociedad europea (en este caso británica) que rescata y encapsula el mito como pago a los tributos intelectuales de la adquisición de conocimiento —o de la llegada de novedades—, incrementando los réditos de su propia cultura. Pese a las duras condiciones de la emigración, el mito persiste en el cumplimiento de su función: su ligazón con el pasado común en Occidente, y en la perseverancia de la *paideia* oral y la experiencia mítica en su tierra patria. «La cajetilla de cigarras» abunda en el contraste entre culturas, ahora en territorio mítico, en Grecia, describiendo la perplejidad residual que dicha experiencia deja tanto entre los nativos, indiferentes a la misma, como entre los inmigrantes culturales, capaces

de reconocerse a sí mismos tomando conciencia de que, pese a todo conocimiento, sólo saben que ya no saben nada.

BREVE NOTA BIOGRÁFICA

Iulía Iatridi (Atenas, 1914-1996). Personalidad creativa que combina sus dotes literarias, musicales con el vasto conocimiento de la cultura y la literatura españolas. Hija de griega y músico de origen vasco, director de orquesta y profesores del Conservatorio de Atenas. Estudió, además de música, Lengua y Filología españolas en la Universidad de Barcelona. Impartió clases en el Conservatorio de El Pireo y de español en la Escuela de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Atenas. Además de sus relatos y novelas, destaca por la difusión de los clásicos españoles en los ambientes intelectuales griegos con las traducciones de Cervantes, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, Buero Vallejo, Valle Inclán, Unamuno, Miguel Mihura, Alejandro Casona, etc. Ha sido galardonada con el Premio Kostas y Eleni Uranis (1939), el II Premio Nacional de Novela (1962), Premio Nacional de Biografía novelada (1977) otorgado a su obra sobre Lope de Vega (1976) *El hijo del fuego* (Πυρίγονος), y el Premio de la Academia de Atenas. Obras publicadas: *Las tres personas* (1955), *Caballero en el viento* (1958), *Los leones pétreos* (1960, Premio Nacional de Novela), *Orden de arriba* (1971), *A las cinco de la madrugada* (1981) con traducción al español¹.

EL OJO DE LA NOCHE

Cabeza blanca, sólo la cabeza y un cuello diminuto, eso quedaba del caballo que está apoyado en el acicalado soporte, bastante alto, en una posición destacada, entre las demás representaciones de la sala del museo. Esa cabeza tiene cerrados los párpados, como si soñara con la más serena blancura. Sueña para escapar de su humillante exposición, aquí, en tierra extraña, ante los ojos de tantos curiosos e indiferentes, hombres que pasan cada día, a cada instante, caravanas completas, tonteando y unos pocos espectadores contrariándose, a no ser que tengan en su propia patria estas estatuas. Pero los exasperados son los escasos. Muchos, para no molestar más de lo que deben, adoptan la decisión diciendo: «Muy bien que estén aquí, muy bien, atendidas, viéndolas tanta y tanta gente...».

La blanca cabeza del caballo de párpados sellados está soñando en la blancura más serena, refugiándose en la verdad no catalizadora del mito:

¹ I. IATRIDI, *Relatos*. Introducción K. Tsirópulos, traducción, I. García Gálvez, La Laguna, Jornadas de Literatura Neogriega de la Universidad de La Laguna-Intramur Ediciones, 2007. Recientemente se ha publicado un volumen conjunto sobre su persona: AA.VV., *Αποτύπωση τής 'Ιουλίας 'Ιατρίδη*. 'Αθήνα, Οι 'Εκδόσεις τών Φίλων, 2007.

«De noche la muchacha siempre se movía por su marcha hacia el cielo. Desnuda y blanquísima se lavaba primero en las aguas de Océano, jugaba con las olas levantando rayos cegadores. Cuando se cansaba del juego, se envolvía en un uniforme de resplandor y se subía a su carro. Cuatro caballos blancos enyugados en el carro. La muchacha levantaba el látigo plateado, agarraba los caballos para subir liviano hacia el horizonte, empujados por un tranquilo viento favorable y llegar a las cumbres de las montañas, allí donde las nieves se hacen blancas en rayos pequeños y albos, como la espuma de las olas».

«Allí, Selene, el nombre que el mito ha dado a la muchacha, agitó las iluminadas riendas de los caballos, contuvo su marcha aérea para disfrutar la altura. Y cuanto más se alegraba tanto más sonidos traía el rocío de la noche para acompañarla, para consentirla. Selene está hechizada por los sonidos. Y cuanto más hechizada tanto más se arrastra por la marcha ahora descendente; porque en ella todos los sonidos no hacen sino fortalecerse y no hace sino oírse cada vez más cerca el juego del viento silbando sus propósitos musicales entre los cañaverales de la ribera. Las aguas del río escalan en una expectación fulgurante mientras mecen las lágrimas en la superficie acuosa. ¿Lágrimas de súplica? Cuando los propósitos de los cañaverales se aquietan para quedar un objetivo. Uno sólo. Con ese propósito la noche fue a disolverse en un hechizo dorado. La creación vibraba en cultos dorados con la aparición erótica en medio del denso bosque en el que Pan atrajo a Selene. Allí le ofreció el don del amor: un vellón completamente blanco».

«Los caballos que se quedaron en el carro esperaban con impaciencia. No debía demorarse su guía con los engañosos juegos del Sátiro de los sonidos. Se aproximaba el momento en que debía llegar el final de su marcha antes de que su hermano Helios alcanzara el horizonte. El ojo del día, como dicen, porque Selene se había consagrado como el ojo de la noche».

Sellados los párpados del caballo dentro de la sala de las representaciones marmóreas, se quedan evocadores en su blancura más serena: cuatro eran los caballos de Selene. De los cuatro uno se ha perdido, aunque quedaron tullidos en la patria que los engendró junto con los mitos.

Esa cabeza llegó aquí hace muchos años. Marcharon entonces legalmente los mármoles de la patria esclavizada con el firmán del Sultán para Lord Elgin. Los llevaron en barcos con cajas, efectivamente se hundieron cerca de Citera en el mismo barco del lord raptor, el «Mentor». Pasados tres años lograron sacar aquellos mármoles del fondo del mar.

Y en las calles de Londres se presentaron las reliquias del cráneo cargadas, que se balanceaban golpeándose mientras rodaban lentamente, quebrándose bastantes de esos mármoles. Caballos percherones arrastraban las reliquias del cráneo resollando y resoplando a causa del peso. En las calles muchos hombres se reunían curioseando sobre la difícil marcha.

- «¿Qué son esas piedras? ¿Por qué cansan a los animales arrastrando unas piedras tan pesadas?»
- «Tienen valor», dijeron quienes sabían.



El valor siempre impresiona aunque no esté claro exactamente a qué corresponde. No hace nada más que repetirse la palabra en cada vez más bocas. Valor. La ciudad se conmociona poco a poco con noticias de ese valor.

Ante humeantes tazas de té o vasos de güisqui o de oporto se suceden interminables discusiones de carácter histórico, estético, artístico e incluso comercial. Los arquitectos diseñarán edificios con peristilos, metopas y cariátides. El mayor peluquero pondrá de moda el nuevo peinado de estilo griego, inspirado en la Cariátide exiliada.

Los mármoles fueron trasladados a un jardín, bajo un techado colocado para su protección. Y allí, a diario, cada vez más hombres venían a admirar el arte clásico y a extasiarse. Escultores y pintores concluían que no se saciaban de ver y de embriagarse con tales representaciones nunca antes vistas. Y cuando caía la noche y los numerosos espectadores se iban, algún pintor se quedaba, como B.R Haydon, trabajando con su candil encendido, calcando escenas de las metopas del Partenón. Su corazón, como dijo, «late para estallar de agitación cuando refulge en su mente la verdad, y la luz se multiplica».

Hasta que se produzcan los distintos procesos y las impresiones para que el gobierno adquiera la propiedad del tesoro clásico de forma legal, los mármoles estaban siendo calcados en el jardín y se encontraban en una carbonería. Allí, en medio del humo y la negrura, esperaban. Completamente sola esperaba la Cariátide, esperaban los centauros, esperaban dioses y sátiros, esperaba también el caballo de Selene. Con los párpados siempre sellados evoca antiguas marchas por el blanco resplandor.

Cuando, pasado un tiempo, se halló la solución y los mármoles se trasladarían al museo donde el lord raptor sería nombrado supervisor, comenzaron los estibadores a vaciar la carbonería. Sacaron a la calle los trozos para cargarlos. Los caballos percherones vinieron de nuevo con las reliquias del cráneo, se quedaron horas hasta cargar esperando con impaciencia ponerse en marcha hacia su nuevo recorrido por las calles de Londres.

Se juntaron otra vez los hombres a curiosear. Los niños dan vueltas alrededor de los mármoles, ríen, se burlan, juegan. Uno de ellos era un mocoso pelirrojo, provocador, embadurnado del humo del polvo del carbón que se había depositado en las estatuas, monta la cabeza del caballo que estaba esperando su turno para ser cargado. El mocoso, muy alegre y hasta satisfecho, le machaca la frente con su mano sucia embadurnada. Uno de los que miraban con atención, un señor como debe de ser con su bombín y su frac, cuello almidonado hasta el mentón, gafas con armadura plateada sobre su larga nariz, con aspecto de profesor, tal vez de estudios clásicos, después de observar bastante rato el triunfo del mocoso sobre la cabeza del caballo, lo señaló y le dijo: «Oh, he aquí el Gran Alejandro Magno cabalgando sobre Bucéfalo».

Dos o tres de los presentes se echaron a reír. Sabroso el chiste. Indiscutiblemente este pueblo tiene humor. Y como dicen, el humor es el distintivo característico de los hombres particularmente civilizados. Humor y aprendizaje. No obstante, pese a poseer la formación, el señor profesor de estudios clásicos podría continuar su observación quizás con un pensamiento tal que así: aquí nuestros niños aprenden sobre Alejandro Magno y lo representan hasta con el caballo de Selene. Allí, en la

patria del caballo y de Alejandro Magno, como han dicho algunas personas que han venido de allí, los niños salen por la noche, a escondidas de nuestros amigos los turcos y se lo dicen al cura que hace de maestro para enseñarles a leer. Pero parece que también estos niños tienen ganas, ya que cantan... Cantan una canción con la que hechizan a Selene para que les alumbré el camino y no se pierdan. Sólo que no la llaman Selene, sino luna. «Lunita mía iluminada...».

En la sala del Museo Británico el caballo de párpados sellados sueña en el refugio seguro del mito, incluso en el de la historia.

Olas, olas de hombres de todas las razas, figuras de todo tipo pasan por delante de la más serena blancura de los mármoles. Pasan, se van para venir más y más. Y todos esos hombres pueden incluso encararse con Selene algunas noches. Incluso tal vez puedan verla jugar con las aguas de Océano, del río, tal vez alguno, si está predispuesto, podría oír algunos juncos en la ribera silbando distintos propósitos dependiendo del viento. Otros, hasta tengan la posibilidad de quedarse hechizados, de evocar; otros encuentren algún éxtasis anhelado en los instantes eróticos; otros queden indiferentes; otros piensen, estudien o investiguen. Resultados de las consecuciones de la investigación, hélas aquí, que saltan al cielo. Pisan a Selene, ganan triunfalmente y siguen por el mundo los ojos clavados en las pequeñas pantallas, unos pocos saquitos de ceniza.

La cabeza del caballo sueña en la más serena blancura. Las desarraigadas representaciones del museo sienten añoranza de su patria chicha, allí donde están sus compañeros, sus otros miembros: pies, manos, cabezas, bustos...

Es muy fría la noche. Todos se quedan mudos en la ciudad blanqueada por el resplandor de Selene. Torres, monumentos, estatuas, parques. El río. Se estremecen sus aguas en miles de cristales rotos cuando, desde el centro del cielo, la noche ha clavado con su redondo ojo blanco, implacable en su acusación, toda esa magnificencia.

UNA CAJETILLA DE CIGARROS

Un tanto apesadumbrada y, sin embargo, provocadora, exactamente como esa pesadumbre que el hombre desea combatir, continúa:

– «Eso es lo que tiene el turismo. Un hermoso día. Soleado. La extranjera pasaba el rato entre los mármoles rotos con un cuadernillo encuadernado en piel en la mano...».

Bebe un trago de vino. El grupo alrededor de la mesa de la taberna se impacienta:

– «Anda, habla ya».

– «Así que nada, ella tonteando con los mármoles rotos, y yo tonteando con ella. Hasta que me di cuenta. Unos ojos desteñidos se volvieron hacia mí, me miró, y era como si no me viera...».



Se detiene de nuevo.

- «Y entonces, ¿qué pasó?»

Bebe el hombre otra vez, se arma de valor:

- «Así que nada... Me di cuenta de que estaba buscando algo...».
- «Y se lo diste, ¿no? Venga, dinos. Habla. Queremos detalles. ¿Qué pasó?... ¿Cómo?...».

De nuevo el otro se entristece:

- «Que cómo... Detalles... ¿Qué clase de detalles queréis?».

Una sombra pasa por su mirada. El grupo insiste:

- «Dinos, hombre. Nos tienes en ascuas».

Y ahora, más confidencialmente si cabe:

- «Fui a sentarme junto a ella en el mármol. Sacó unos cigarrillos. Me ofrece. Tomo uno. Le digo que 'gracias'. Veamos, me dije para mis adentros, a dónde nos llevará esto... Y mientras lo estoy sopesando me pone en la mano toda la cajetilla».
- «Rumbosa».
- «Te pilló bien».
- «¿Y después?».
- «Después...».
- «Anda ya. Nos has dejado con la miel en los labios. Brindemos, muchachos».
- «A la salud del novio».

Beben.

- «Venga, ahora continúa».
- «Aquí... En su hotel... (*Pausa. Como si se arrepintiera.*) ¡Bueno, pues eso!...».
- «¿Eso? Eso dices. ¿Qué quiere decir eso? Queremos detalles. Queremos detalles. De-ta-lles. De-ta-lles...» (Mientras silabea golpean con el fondo de los vasos en la mesa. Beben de nuevo. También el hombre se bebe todo el vaso. Le invitan a otro que también se toma.)
- «Así que hablando, pico de oro, hablando».
- «Vale, ya hablo. La susodicha tenía marido».
- «¡Vaya!» (Sorpresa.)
- «Sí, os digo que tenía marido».
- «¿Y dónde estaba?»



– «Él no sé dónde estaba, pero su chaqueta, una chaqueta escocesa se encontraba allí, vistiendo el respaldo de la silla».

* * *

La chaqueta escocesa se queda vistiendo el respaldo de la silla. La mujer saca algunas cosas del armario abierto, vacía los cajones con movimientos espasmódicos, los echa en una maleta. Todavía queda vacío el gran petate en el sillón. También éste se llenará rápido. Encima de la mesita, allí en la habitación del hotel, todavía queda abierto el folleto coloreado que invita también al divertimento turístico: «Micenas. Nauplia. Epidauro».

La excursión pasó. Se cerró el paréntesis con la turbia luz del sol. El objetivo se cumplió. Se hizo realidad. Quedó exhausta con los preparativos, los planes, el estudio de tantos años. Como maestros, como personas responsables que eran, ella y Fred, partieron armados, informados para el lejano viaje, para el lugar de la adoración. Y hete aquí que lo consiguieron. Sólo que... confundida del todo la mente de la mujer a veces golpea en aquello que han pasado, a veces en eso... Lo de aquí... No. Eso, no. Intenta evitarlo. Con movimientos siempre espasmódicos, rápidos, llena la maleta, agarra el petate, echa dentro, arriba y abajo, diversas cosas, mientras su mente atemorizada se refugia tras el recuerdo reciente del autocar de la excursión. Frases entrecortadas de tanta lectura se apretujan en su cabeza. Le aprietan, le presionan el cuello, los hombros... Mira cómo sigue la horda de turistas en los derrumbes antiguos. Y de este apretujamiento de palabras, frases, nombres, fechas de antes de Cristo, sintió erizársele el cuerpo, como una serpiente incandescente, refulgente, saltó, como un anuncio, como una declaración y una amenaza segura: «¡Las Puertas del Hades!». Con una fuerza sobrenatural intenta dar testimonio, enmendar el error: «No. Es la Puerta de los Leones». La declaración-relámpago insiste: «La Puerta del Hades...»

Un mugido profundo, denso, como un ronquido, sí, un ronquido, que persiste dentro de ella tiranizándola, da forma a las palabras: «Sabes que es así. No beneficia nada. Ni reacción, ni invitación, tanto así como nada. Tanto así como vulgar... Vulgar...» La mujer, para evitar esta tiranía, se vuelve de nuevo atrás, allí, a la excursión. En medio de la horda de turistas, la horda que surca, un mismo cuerpo multiforme por existencias humanas que se realizan, que verifican deseos.

Así llegaron a las tumbas circulares. En medio del apretujamiento de las palabras del guía, sólidas pedradas golpean su escucha con los nombres de los Pelópidas, de Atreo, de Agamenón. Los nombres que no eran otra cosa que la llamada insistente e imprescindible para su viaje. El viaje de Fred, el de ella. El viaje que planeaban, que alguna vez se haría realidad durante todos esos últimos meses de preparativos. Cada noche, allí, con los libros, delante de los mapas (aquellos que Fred con tesón y dinero había adquirido, se vieron obligados a recortar diversos gastos para poder hacer frente a los preparativos), agachados allí, al calor de su pequeño despacho, con la nieve corriendo afuera en su jardín, subrayaban los puntos más importantes, copiaban los datos más significativos en su bloc de anotaciones encuadernado en piel. (Se lo había regalado a Fred por su cumpleaños con este objetivo, incluso antes de que decidieran poner más limitaciones a sus gastos.) Dentro de ella la declaración amenazadora: «La Puerta de Hades». «La Puerta de Ha-

des...» Entonces, en la excursión, se había apartado del multiforme cuerpo de la horda, con este deseo primordial: no ver la tumba de Agamenón. Y comienza a ascender más allá por un montículo. Y sube cada vez con más prisa, como si alguien, como si algo la atrajera insistentemente. La luz. El sol. Cuando cayó bastante arriba, se paró. Dejó la llama del sol que le cerraba los ojos. Así. Bastante. Cuando abrió los ojos encontró la verde vega ante las ruinas, rociada de flores amarillas. Entonces pudo pensar algo. Algo significativo. Por supuesto, lo dijo en voz alta y su voz, como si no fuera suya, como si la hubiera tomado prestada de otra, de alguna extranjera, diciendo: «Botones dorados». Sólo eso: «Botones dorados».

Carnavales. Todos los estudiantes disfrazados. Fred llevaba un vestido de caballero medieval azul con botones dorados. Entonces se conocieron. Ella iba vestida de noche, envuelta en un inmenso pepló bordado en blanco. Justo a los cuatro meses se había casado.

Un brillo del todo turbio derraman las flores amarillas sobre la vega. Un resplandor aterrador. Y ese resplandor desplazando dentro de la tierra los pulsos, el mismo monstruo, para anularla.

A toda prisa baja del montículo, tropezando en las piedras que la persiguen, le machacan las plantas, los tobillos... El cuerpo multiforme de las existencias humanas se arrastra surcando hacia el autocar. Lo logró. Se enterró entre los turistas, se sintió más segura, y se abandonó allí, en el asiento del autocar, ahora ya con una única necesidad: dormir. Aquí se está bien. Mejor que fuera en la luz, en el brillo, en el monstruo del brillo... Pero no puede. Aprieta los párpados, los aprieta tanto que se llenan de señales relampagueantes, botones dorados, que se unen insistentemente, temerosamente. Y cuanto más mantiene los párpados así de apretados, tanto más le persigue una maldición con sus mismas palabras siempre. Insignificante. Vulgar. Vulgar. El autocar corre. En sus párpados los botones amarillos cambiaron, se hicieron llamas de estalagmitas que siempre se están uniendo con idéntica insistencia.

Desde Nauplia, mientras tuviera abiertos sus ojos, no se contenía sino en el café. Allí donde se sentó a tomar dos naranjadas. Las naranjadas le quemaron el estómago hasta Epidauro.

Aquí dejó por completo de oír cuanto de interés acaecía sobre Asclepio. De cualquier modo ya lo sabía. Fred se lo había explicado muy bien. Se apoyó en un taburete del teatro. Como si estuviera esperando alguna representación. En julio, eso lo oyó bien, en julio se producían allí las representaciones. En julio... Después lo único que tuvo en cuenta fueron algunos pájaros. Dibujaban círculos a lo alto y desde ellos, de vez en cuando, venía algo y pasaba de refilón en las copas deslizantes de los árboles, allí, al fondo. Esto de Epidauro. Luego, el camino. Un enorme frigorífico.

Una caja alta, cerrada, férrea, con muchas ruedas viaja delante de nuestro autocar. Les cerca el paso. Su conductor intenta adelantarlo, salir de allí. No. No le deja. Un monte estúpido, cuadrado y alto les cierra el paso. Un obstáculo infranqueable, siempre delante de ellos. Por mucho que el conductor tocase la bocina, por mucho que se enfadara, de eso nada. Un cerco férreo. Un cerco. La palabra le machaca. Aquí, aquí donde te duele y donde te degüella. Un cerco.

Dubitativamente la puerta golpea ahora la habitación del hotel. Abrió. Es el agente que había asumido el proceso del transporte con las facturas en la mano. (Por

fortuna tenía también dinero de sobra como, por otra parte, habían acordado...) A tal hora en la estación.

- «Allí», continúa el agente, «me encontraré con el muerto. No se intranquilece, señora, los papeles están todos OK. Los mostraré en la frontera y allí donde se los soliciten. ¿Quiere que mandemos un telegrama a alguien para que vaya allí a la estación a recogerla?».
- «No. Déjelo. Llamaré yo por teléfono».
- «Muy bien. Si quiere, deme la ropa para vestirlo, para prepararlo».

La mujer agarró la chaqueta escocesa del respaldo de la silla donde estaba colocada, sacó de dentro la cartera, un pañuelo, las llaves, dos folletos de excursiones a las islas del bolsillo exterior derecho, cogió el pantalón que estaba echado a los pies de la cama, eligió una camisa blanca de dentro de la maleta y la corbata azul con los sellos amarillos (se la había regalado por su cumpleaños y él se apesadumbró, no habían hablado de ahorrar, de tener dinero para el viaje, ese único viaje suyo que podía necesitar dinero de sobra...). Se lo dio todo al agente. Luego, como si se arrepintiera:

- «Yo también iré con usted. ¿Irá ahora mismo al hospital?».
- «No. Más tarde. Dentro de una hora abrirán la cámara para sacarlo. Pero ¿por qué va a venir? Está cansada. Nosotros sabemos hacer nuestro trabajo».
- «No. No. Debo. Estaré en el hospital dentro de una hora».

El hombre se fue. Cayó en el sillón, hundió la cabeza en la palma de las manos. ¿Por qué? ¿Por qué así? ¿Qué buscaba de aquel extranjero? ¿Por qué? No. No fue ella. No podía haber sido ella. Entonces, ¿cómo? ¿Por qué ocurrió lo que ocurrió? ¿Y cómo se enfrentaría ahora a Fred? Y debe. Debe enfrentarlo. Sabe que para la excursión no pondría objeción. No. No pondría ninguna objeción. Pero ¿eso? Por eso lo vería. Debe. Será su última prueba. Se lo dirá. Eso, eso que nunca, nunca antes, en toda su vida, había ocurrido jamás... Entonces, ¿por qué ahora? ¿Por miedo? ¿Una invitación al miedo?

Se levanta. Va al teléfono. Marca un número. Lo cuelga. Vuelve a levantarlo. Así muchas veces. Al final:

- «¿Eres tú, Francis? Sí... No. No tengo nada... Nada para Francis... Fred... No... Su corazón. No. No sufrió. Antes de dos días. Sí... En la cámara frigorífica... He ido... ¿Hice bien?... No he hecho nada bien, Francis. He actuado horrorosamente... Me he vuelto loca... Sí. Sí... El jueves. A las trece y diez. Sí... Tomaré las pastillas... Sí... El jueves. A las trece y diez... Haz lo que creas. No... No... No llores».

* * *

- «Entonces, amante, ¡a tu salud! ¡Brindemos, muchachos!».

El grupo bebe en la taberna. Alguien pregunta:



- «Pero cuéntanos, ¿dónde estaba el esposo? ¿Qué hacía en el momento en que vosotros...» (*Sigue un gesto elocuente.*)

Y el amante, pensativo, un tanto asustado:

- «No sé, muchachos. No sé. La señora era rara. Os digo que muy rara. Tan rara que me asusté. Decía algo en su lengua, y luego continuaba diciendo una sola palabra y me miraba con dureza de mala manera mientras yo me vestía a toda prisa, lo más rápido que podía, y salía como perseguido, particularmente por aquella palabra que me machacaba como si yo tuviera la culpa. Así que, apenas salí de su hotel, la anoté en la cajetilla de cigarros que me había regalado».
- «¿Y qué palabra era esa?».

El hombre saca de su bolsillo la cajetilla y lee:

- «*Dead...*».

Sorpresa. Obstáculo. Nadie habla. Y él, mecánicamente golpea la cajetilla de cigarros vacía, forma un cubo, abre el puño y lo deja caer hacia abajo.

- «Bueno, ¿es que no me preguntáis qué significa esa palabra?».
- «Pregunté».
- «¿Y entonces?».

El grupo espera. El amante bebe, luego, con decisión, como si alguien lo invitara, hasta asustándolo:

- «Significa ‘muerto’. ¡Oídllo! ¡Muerto!».

Sorpresa.

- «¿Muerto? ¿Te llamó a ti ‘muerto’?».